

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 pesetas.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 12.

MIÉRCOLES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

La palomita azul

Desde que dedicamos nuestra pluma á descubrir las miserias que se desarrollan dentro de las sombrías paredes de nuestros asilos benéficos, se nos mira con cierto recelo por los llamados á suministrarlos los datos que á diario solicitamos.

Parece así como que se ha dado cierta consigna de guardar silencio para desparistarlos en nuestras inquisiciones dignas y merecedoras de tantos desgraciados como viven ó mueren bajo el amparo de la caridad oficial.

Pero como tenemos una palomita azul que todo nos lo dice, nos preocupa poco tal consigna y á ella acudimos para que nos ilustre.

Habla pues, palomita.

Hace unos días que, piando piando me acerqué á la mesa de un tierno niño que triste y encanijado se encontraba en un rincón del comedor del Hospicio, y acariciado por mi amoroso arrullo parece que despertó á otra vida. ¡El pobrecito no sabía lo que eran caricias, no conocía lo que era amor de madre!

¿Qué te ocurre que tu no pruebas de ese rancho que los otros comen? le pregunté al pequeñuelo.

¡Es que esta noche no me ha tocado en suerte tener plato, y al que esto sucede, ó no prueba esa posilga, ó tiene que esperar á que otros concluyan para librar las amarguras de ese condimento.—¿Que tan malo es el rancho?—Peor que el que comen los Trapenses cuando su orden prescribe que condimenten su comida sin aceite ni grasa y solo con el producto del de Torreveja. Y si quieres evidenciarte, esperate un momento, y si la suerte me depara el que me faciliten plato, apreciarás si Jesucristo probó cosa igual en la Cruz.

Y, efectivamente, al rato, una hermanita de la Caridad, sirvió al hambriento pequeñuelo, una taza de caldo en el que se dibujaba al removerlo, algo sólido parecido á lo que llamamos judías. Aquello no eran judías, era una judía.

Probado el potingue resultó que estaba condimentado... con sal y agua.

¿Qué de esfuerzos hizo aquel pobre niño para tragar lo que su estómago le demandaba para satisfacer la necesidad del hambre!

Absorta ante aquel triste espectáculo, intenté besar la mano del pequeñuelo y despedirme ¡pero oh desencanto! aquella trujaba un pedazo de miga que á título de pan se le había dado.

¿Y esto comes? le pregunté. Esto, no, por que esto ni aun tragarse puede. Solo los tiernos gorriones que comen gacheta son los que pueden engullir esto.

Dado el toque de retiro tuve que dejar á mi interlocutor en espera de volver á verle en otra ocasión mas propicia.

Salime de un vuelo y fui á posarme, entristecida y pensando en el niño hambriento, sobre un alero de la inmediata casa.

Y meditando, meditando sobre lo que acababa de ver y oír y en la triste noche que pasaría aquél pobre niño, me ví sorprendida por un quejido que parecía salir de lo hondo de alguna caverna.

Y temíéndome encontrar otro desvalido seguí el eco de la queja y halleme con un pobre loco, desnudo, en el paroxismo de un ataque, destrozando cuanto sus manos encontraban, en busca de algo con que satisfacer la ira de su maltrato. Respeté su dolor y dirigiéndome á la hermana de guardia que á mi paso encontré, le argüí del estado de abandono en que aquel ser se encontraba.

Y con la candidez propia de quien desconoce lo que son los manejos del ocaquismo, me contestó:—¡Si ya ha tiempo que no hay con qué sujetar á esos pobres de extraviado entendimiento, ni tenemos ropas con que cubrir sus desnudeces, ni medios con los que suministrarles el alimento cotidiano! Así es que hay que dejarlos á que la provi-

dencia obre á diario un milagro con ellos.

Despestigada y abatida por la soledad en que me dejaron, tanto la hermana de Caridad que no quiso seguir en coloquio conmigo, como los guardias de turno que soñaban con la venida del Sr. Chápulli para ver si conquistaban alguna paguilla de sus atrasos, aunque ésta fuera con cartas de pago, tendí el vuelo á la plaza de Santo Domingo, en busca de dar descanso á mi revuelta imaginación, apasadumbrada por tanto infortunio.

Y encontrando abierta la ventana de un suntuoso aposento, allí me posé esperando el alba del nuevo día, mientras con monótonos ronquidos, un hombre, durmiendo á pierna suelta parecía exclamar:—Señoras, soy feliz... Nada atormenta mi conciencia.

LA LIBERTAD ABSTRACTA

Quien dijere al brahmán que era posible concebir la sociedad sin distinción de castas, ó al súbdito del hijo del sol que cabía vivir sin despotismo, ó al señor feudal que llegaría un día en que el noble y el villano tendrían iguales derechos y la propia intervención en los asuntos públicos, se expondría á excitar su hilaridad ó á provocar su enojo. De tal suerte entiende cada cual que aquel estado social en que vive constituye la forma estable y definitiva de la humana sociedad.

Pocas veces ha revestido este error una apariencia más plausible que al presente. La revolución, destruyendo el antiguo régimen, reintegró al hombre en la plenitud de la libertad. El Estado, ese mal necesario, como le ha llamado Spencer, siguiendo á Proudhon, ha quedado reducido á su expresión más mínima. ¿Qué resta por hacer? Restringir todavía, hasta los últimos límites de lo posible, la intervención del poder público; dejar marchar, libre de los embarazos andadores de la vieja tutela, á la sociedad adulta ya emancipada; proclamar como norma de la vida social el *laissez faire, laissez passer* del economismo clásico; erigir en principio social el de la lucha por la existencia, que domina en el orden de la naturaleza; garantizar la neutralidad del Estado á guisa de juez de campo, cruzarse de brazos y dejar que la libertad proclamada produzca sus óptimos y sazonados frutos.

Así se ha hecho, al menos en los límites y medidas en que cabe realizar en la práctica las concepciones abstractas. Y el resultado de este régimen ha sido el que pudo haberse previsto, si, libre el ánimo de preocupaciones, se hubieran estimado en su verdadero valor los factores constitutivos de la sociedad, hija de la revolución. La libertad, aun abstracta ó imperfectamente entendida, ha dado frutos de bendición. La industria y la producción han alcanzado portentoso desarrollo. La población se ha multiplicado enormemente. El bienestar de todas las clases sociales se ha acrecentado. Pero la medida, la proporción, la equidad en la distribución de los productos de la actividad común, no han corrido parejas con este desarrollo. El capital, que no se consume ni desmerece con el tiempo como el trabajo; que no necesita, como este, preparación ni aprendizaje; que aumenta por su propia virtualidad sin esfuerzo alguno de su dueño; que se esconde durante la crisis para no reaparecer sino en tiempos bonacibles; que puede aguardar é imponerse al obrero con la inexorable imposición del hambre; que acecha escondido en la penuria, para dictarle la dura ley de la necesidad; que se trasmite de padre á hijo, de testador á heredero; que cambia de aplicación y de destino á medida que las conveniencias del capitalista, había de tomar en esta distribución de los productos la parte del león. ¿Que podía contra él el trabajador esclavo de la necesidad, cotizado en el mercado como un mero producto, sometido á lo que se ha denominado, no sin propiedad, la férrea ley del salario?

Reconozcamos que en tales condiciones, la clase obrera puede quejarse con fundamento de haber sacado escaso provecho de esa libertad que ha sido fuente inagotable de bienes para aquellos que se hallaban en situación de utilizarla. Harto hace si, no estima como el más duro de los sarcasmos esas declaraciones de derechos que resultan en la práctica ilusorios é inasquibles. Porque lo que el liberalismo ha venido á decir al pueblo, ha sido poco más ó menos lo siguiente: «tú no sabes leer ni escribir: yo te doy la libertad de imprenta; tú no tienes medios ni tiempo para cultivar tu espíritu: yo te ofrezco la libertad del pensamiento y la palabra; tú careces de recursos con que resistir las imposiciones del capital: yo te otorgo la libertad del trabajo; vivirás sumido en perpétua indigencia; yo te garantizo la libre disposición de la propiedad». ¿No semejan singularmente estas concesiones al contenido de una prescripción constitucional que dijere: «todo español es libre, si pudiere, de alcanzar la luna con la mano»?

Hay que desengañarse: la concurrencia social, si ha de ser otra cosa que una lucha de fieras, supone cierta igualdad, no en las cualidades de los combatientes, pero si en las condiciones del combate. La naturaleza no iguala las armas del lobo y el cordero, ni parte el sol entre los luchadores. Los hombres lo hacen, porque tienen sobre la naturaleza el sentimiento y la noción de la justicia. No es lucha leal aquella en que uno de los justadores ofrece su pecho desnudo mientras cubre el otro el suyo con malla de acero. Si queréis que el obrero sea libre de hecho tenéis que darle, con la declaración y el reconocimiento de su derecho, los medios necesarios para que pueda hacerlo efectivo. Recabar estos medios: tal es el fin de la gran revolución social á cuyos albores asistimos. Y no es menos grave el error de los que entienden que esta empresa es utópica é inasequible que el de aquellos que estiman que puede realizarse en un día y como por ensalmo.

Alfredo Calderón.

DE MADRID Á MURCIA

Política de verano

Las dos notas políticas del día son, Weyler llamando á Sagasta el primero de nuestros estadistas y á Sagasta esquivoso con Silvela por aquello de que no desempeña bien su papel.

D. Práxedes se resiste á recoger una herencia imposible de liquidar, sino es judicialmente y quisiera poder encontrar un albacea que se encargase por el momento de cuanto deja este gobierno, pero teme que en este juego pierda la partida y no le resulte cual él desea.

Hay necesidad de casar á la Princesa, y esta necesidad casi reconocida por todos los políticos, no es bien aceptada por el país, por aquello de si algún día tuviésemos que sufrir las influencias del consorte de procedencia no liberal.

He aquí el eje sobre el cual gira toda la política de verano; por eso no se intriga como en otros veranos, ni se hacen declaraciones por los prohombres porque todos esperan orientación en tan debatido asunto.

Los vientos que del Norte llegan son cada día más pesimistas para Silvela, pero como en ciertas esferas no ven una agrupación fuerte que pudiera encargarse del gobierno al regreso de la Corte, fuera del partido que queda á las órdenes de Sagasta, y este se resiste á ser poder, habrá que esperar á que de los debates parlamentarios surja la solución del enigma que se pretende resolver.

Tendremos pues, á Silvela y á Dato apesar de sus errores, hasta Navidad y luego Dios dirá, como decía el célebre orador D. Cristino Martos.

La Union Nacional

La circular publicada por el vicepresidente de la Union Nacional Sr. Castro y el secretario Sr. Alba, ha sido muy bien

recibida por el comercio murciano que esta dispuesto á reiterar al Sr. Paraiso sus más absoluta confianza y porque en ella se manifiesta que la Union Nacional vive y seguirá viviendo para bien del país.

El Directorio se reunirá pronto para resolver los incidentes derivados de los últimos sucesos y de la actitud del señor Costa.

El Sr. Paraiso continuará en la dirección, por considerarlo insustituible y se darán nuevas orientaciones á la marcha de la vida pública.

3 Septiembre 1900.



ALFREDO WEILL

Muchos han dicho que los números están reñidos con la poesía y la literatura, y para desmentir esta afirmación, ningún argumento más enérgico y firme que la vida del insigne banquero, poeta y literato francés D. Alfredo Weill y Baner, por igual y con idéntico éxito consagrado á las operaciones financieras y al cultivo de las musas.

Weill y Baner había nacido en París el 4 de Septiembre de 1847, pero establecido en España por las necesidades de los negocios, y enamorado de nuestro idioma, literatura, historia, costumbres y arte, hizo español sin dejar de ser francés, y los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones bancarias, dedicábalos á enriquecer nuestra literatura con obras que eran fruto de los estudios literarios é históricos que realizó en España. Publicó infinidad de artículos acerca de nuestros episodios históricos, costumbres, tipos y literatos; escribió buen número de composiciones imitando á Lope de Vega, Moratín, Baequer y otros; hizo algunas traducciones al francés entre otras «La princesa Eboli», de Gaspar Muro, y dió á la estampa, en castellano, las obras tituladas «Un soldado de España» y «Paul Bernard de Fontaine», dejando sin terminar una que dá patentes muestras de los grandes conocimientos, laboriosidad y amor al estudio de su autor; su título es «Diccionario español-francés, del siglo XVII» y con razón estimada como un monumento filológico.

Tal doctísimo admirador de España murió muy joven, pues el 20 de Marzo de 1888 falleció víctima de cruel enfermedad que empezó á padecer á consecuencia de las penalidades que sufrió en el sitio de París durante el cual observó una conducta que honraba tanto á él como á su patria.

Otra de las buenas cualidades de Weill y Baner, fué hallarse siempre dispuesto á remediar con mano pródiga las necesidades y miserias de cuantos á él acudían, y aun hoy, á pesar de los años transcurridos desde su muerte, y de olvidarse con mucha facilidad los beneficios que se reciben, su nombre es bendecido por muchos labios.

Hernando de Acevedo

AL SEÑOR GOBERNADOR

Resignados á sufrir la falta de defensa en que Murcia se encuentra, por aquello de que la policia escasea en esta capital, no pedíamos creer nunca que llegase el día de descubrir la incógnita de por qué carecíamos de auxilio policiaco.

Ayer, pudimos descubrirla al leer la nómina, que nos facilitó nuestra palomita azul, de los que cobran haberes como agentes del cuerpo de orden público. Y entre otros que vimos prestando servicios particulares y por lo tanto faltando á los deberes que se determinan en el reglamento, nos llamó la atención, uno sobre todo, á quien considerábamos como redactor de «Las Provincias de Levante», por aquello de que

su principal misión, según hemos venido observando hace ya algun tiempo, es la de facilitar noticias á dicho colega con anterioridad á los demás periódicos locales, abusando para ello del cargo que ocupa.

Nosotros creíamos que únicamente por agradecimiento á las defensas que «Las Provincias» hacen de la conducta del Sr. Gobernador civil de la provincia se guardaban esas deferencias de anticiparle las noticias, con perjuicio del derecho de información que asiste á los demás colegas.

Pero hoy, nos sorprende más el ver que empleados del Gobierno civil, dejando de llevar el uniforme que les corresponde y de prestar los servicios que en reglamento se les tiene señalados, se dedican á desempeñar el papel de *reporters*, abusando del secreto que su cargo les facilita.

Nosotros que cuando se trata de un acto realizado por el Sr. Gobernador civil, en contraposición á sus deberes, lo combatimos, no debemos escatimar ni escatimaremos, elogios debidos cuando se trate de defender la conducta de aquél, en consonancia con la verdad y la justicia; y como nos consta que el señor Campoy desconoce la gestión y conducta que observa ese empleado como tal *reporter* de «Las Provincias», llamamos la atención del Sr. Gobernador para que evite este abuso, obligando al dicho empleado á que, vistiendo el uniforme cumpla con su deber.

Así lo esperamos.

Los felices

(CUENTO)

¡Ya lo oí que eran felices!, yo lo aseguro así, por más que todo el mundo asegure que eran tontos. Una pequeña diferencia de apreciaciones.

Vivían en una calleja de la peores de la ciudad; en un pisito pequeño y feo, con mucho frío en el invierno y mucho calor en el verano.

Se habían casado, después de un idilio de novios empalagosos, al decir de las gentes; después de un idilio de inocentes amadores según mi entender.

Y vivían allí en su pisito oculto en la ruin calleja, con un niño de cabellos rubios y de sonrisa dulce.

¡Si viérais que de felicidad reinaba en aquel hogar tranquilo!

De mañana, apenas asomaba el día, á levantarse marido y mujer. Ella aseaba la casa y él se entretenía hasta la hora del desayuno, ó bien enseñando á hablar al niño ó bien cepillando y arreglando la ropa que para salir había de ponerse.

La hora del desayuno, si la viérais, era envidiable para vosotros, para vosotros aquellos quienes habéis motejado á los dos grandes vividores de la vida, de tontos.

Sentábanse frente á frente al rededor de aquella mesa desvenojada, y el niño, presidía sentado en un sillón.

¡Que de risas con las monadas de la criatura que apenas apenas se acertaba á silabear!

—Pa... pa... pa... pas... che... che... ro—

Y una risa como una cascada de felicidad, sonaba en el comedor, y unos cuantos besos premiaban al chico sus infantiles monadas.

Luego, cuando el padre se iba á su trabajo, (escribir en la oficina unas cuantas resmas de papel) madre é hijo lo acompañaban hasta la escalera y lo despedían con besos y caricias, ¡más dulces y más sinceras!

No era guapa la esposa, hay que no mentir. Era fea, muy fea; chata, con ojos grandes, pero sin gracia alguna; de cuerpo desgarrado, maziço, como hecho á empellones en un taller en donde se hicieran esculturas de carne.

El esposo no era tampoco una notabilidad; hacían buena pareja.

¿Lo comprendían ellos así? ¡Quien sabe! Ello es que se querían; tal vez aumentaba su amor la soledad que les rodeaba, sin familia, sin amigos de confianza, solos en aquel pisito de aquella calle escondida.

